



Un autor sorprendido

El escenario era —para mí— inédito y sorprendente. Hasta hay una salida, al exterior, que te recuerda la Roma de Piranesi. Yo no conocía el *Centre de Cultura de Sa Nostra*, y me quedé muy gratamente ilusionado. Que Ciutat —ese pedazo de la Palma vieja, embuchado de nuevas edificaciones— disponga de un centro así, dedicado al espíritu, donde día a día se haga allí música y se muestren libros y cuadros, un lugar así, repito, donde sólo cuente el gran lujo de lo «inútil», aquello de lo que la gente pueda prescindir y se quede tan tranquila, te deja maravillado. En el *Centre* se respira mejor y el lugar te serena y reconforta. Y por si no bastara, cuánto exquisito amor y respeto por las viejas piedras hay allí!

Este fue, pues, el escenario en el que nuestro autor, Miguel Angel Riera, presentó su «Illa Flaubert», la novela que acaba de ganar el Josep Pla de Destino.

El autor, al que Valentí Puig dedicaría muy esclarecedoras e inteligentes palabras, se quedó sin parlamento, llegado su turno, y así lo confesó. Puig le había robado todos sus argumentos. Miguel Angel, pues, se limitó a manifestar su alegría y su sorpresa: No sabía que tuviera tantos amigos ni tantos amigos del libro. El teatro del *Centre* estaba totalmente lleno. Hasta había gente de pie.

Uno, entre el público, también participaba de su ilusionada sorpresa. Hacía tiempo que no veía que un libro, una novela, convocara tan-

tos desinteresados y atentos amadores de esa cosa llamada literatura.

Me digo que está dentro de lo posible que la novedad del *Centre de Cultura*, a la hora de la Convocatoria, hubiera actuado de poderoso imán. Y bien, no hay mal en ello. Al contrario. Es justo que un Casal así, y en esta ciudad nuestra tan vuelta de espaldas a los hechos culturales, vaya despertando de un largo invierno que tantos y durante tanto tiempo hemos podido lamentar.

Miguel Angel Riera, compañero desde su máxima juventud en las humildes corresponsalías de este diario, exultaba de alegría y emoción. No era para menos. No todos los días se gana un premio como el que lleva el nombre de Pla, tan comprometedor. Ni todos los días se siente uno agombolado por la cariñosa acogida que allí dentro se respiraba, y todo por puro amor a un escritor y a un libro.

Minutos antes de comenzar el acto recordábamos con Miguel Angel sus muchos premios, es decir, sus muchos trabajos literarios, siempre sirviendo a este país y a una escritura —una lengua— que él trabajaba con un fervor, una dedicación y una inspiración

—reclamemos un sitio para esa vieja y exacta palabra— que le han otorgado un sitio, privilegiado, en las letras de este país nuestro. Celebrar con él la aparición de «Illa Flaubert» fue un gozo para tantos amigos suyos.

